



Acerca de los estudios cuantitativos sobre conflictos laborales en Argentina (1973-2009): reflexiones sobre sus premisas teórico-metodológicas.

Pablo Ghigliani *

Resumen

El artículo examina las bases teóricas y metodológicas de los estudios cuantitativos sobre conflictos laborales en Argentina entre mediados de 1970 y la actualidad. El argumento está organizado en tres partes. Primero, se subrayan los pro y contra de las bases de datos construidas con información proveniente de los diarios. Segundo, el artículo analiza diferentes teorías sobre los conflictos laborales. Tercero, se discuten las ideas introducidas en las secciones preliminares tomando como referencia los estudios locales sobre conflicto laboral.

Palabras clave

Conflicto laboral – huelga - metodología cuantitativa - clase obrera - movimiento obrero.

On the quantitative studies on labour conflicts in Argentina (1973-2009): thoughts about their theoretical and methodological assumptions.

Summary

This paper examines the theoretical and methodological basis of the quantitative studies on labour conflicts in Argentina from mid-1970s to the present. The argument is organised in three parts. First, it underlines the pros and cons of databases built upon newspapers. Second, it analyses different theoretical approaches to labour conflicts. Third, it discusses the insights introduced in the preliminary sections regarding local studies on labour conflicts

Key Words

Labour conflict – strike - quantitative methodology – working-class - labour movement.

* IdIHCS (CISH) – CONICET.

Presentación

La ausencia de registros oficiales sobre huelgas y conflictividad laboral es un serio problema para los investigadores de la historia reciente del movimiento obrero.¹ Si contamos con estadísticas es sólo gracias al invalorable esfuerzo de grupos de investigación e individuos que se han interesado por el tema y recurrido a fuentes periodísticas para subsanar el vacío. Este breve artículo aborda algunos de los problemas que, debido a esta situación, enfrenta quien desea estudiar las luchas obreras en la etapa que va de mediados de los setenta a la actualidad. Las reflexiones que siguen están organizadas en tres secciones según su contenido: una metodológica, una teórica y una sección final en la que se discuten los problemas abordados en las dos primeras. El artículo no niega la necesidad y la valía de los estudios cuantitativos existentes sobre conflictos laborales, sino que alerta sobre los riesgos derivados de la naturaleza de las bases de datos disponibles y subraya la importancia de precisar los marcos interpretativos.

¹ Según la información recogida, en la década de 1970 se publicaron dos ediciones de *Conflictos del Trabajo*, una en 1970 por el Departamento de Estadísticas Sociales de la Dirección General de Estudios e Investigaciones y otra en 1972 por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS), ver McGuire, J. (1996) "Strikes in Argentina: Data Sources and Recent Trends", *Latin American Research Review*, 31 (3), 127-149, e Izaguirre, I. y Aristizábal, Z. (2000) "Las luchas obreras 1973 – 1976", *Documento de Trabajo*, 17, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Puede encontrarse información oficial sobre huelgas en Gran Buenos Aires y Córdoba entre diciembre de 1973 y septiembre de 1975 en Jelín, E. (1977) "Conflictos Laborales en la Argentina, 1973-1976", *Estudios Sociales*, 9, CEDES. Entre enero de 1987 y julio de 1988 el MTSS recolectó información sobre huelgas para todo el país. Entre agosto de 1988 y julio de 1989 restringió el registro a las huelgas nacionales y del área metropolitana de Buenos Aires. Datos sobre julio/diciembre de 1998 y enero/marzo del 2001, en los *Informe estadístico de conflictividad laboral* del MTSS de 1999 y 2001 (ver Schuster, F. et al. (2006) 'Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003', *Documentos de Trabajo*, n° 48, Buenos Aires: Instituto Gino Germani). A partir del 2006, el MTSS ha retomado el registro de conflictos y huelgas pero sólo se accede a esta información azarosamente: no hay ningún link en el portal del ministerio que conduzca a esta información.





Cuestiones metodológicas

Sin información sistemática proveniente de fuentes oficiales, al investigador sólo le queda acudir a los periódicos. Así, la totalidad de las series disponibles comparten ciertas debilidades que aunque conocidas es necesario repasar.²

Por empezar, todas ellas subestiman la cantidad absoluta de conflictos y huelgas. La mayoría de los investigadores han optado por utilizar números índices o porcentajes para salvar este inconveniente. Los números índices y los porcentajes nos recuerdan que lo que está en juego es el reconocimiento de tendencias y no guarismos absolutos. Sin embargo, algunos autores organizan sus argumentos alrededor del número de conflictos o huelgas efectivamente registrados (como en el viejo artículo de Elizabeth Jelin oportunamente citado). Esta es una práctica poco recomendable (y afortunadamente en extinción) porque involuntariamente conduce a minimizar la recurrencia del conflicto entre capital y trabajo, sobre todo en períodos en que caen las grandes huelgas, y la conflictividad tiende a ser más localizada.³

Además, la gran mayoría de las series han sido construidas a partir de diarios nacionales, en los hechos un eufemismo por ciudad de Buenos

² No se debe confundir el reconocimiento de debilidades con el rechazo. La obra de Silver, B. (2006) *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal, es un ejemplo reciente de la extraordinaria potencialidad que tiene el uso de fuentes periodísticas; potencialidad que muestra también el artículo sobre Argentina de Korzeniewicz, R. (1995) "Labor unrest in Argentina, 1906-90", *Review*, XVIII, 105-16. Ambos trabajos recurren al mismo recurso: la World Labour Research Working Group Database. Críticas exhaustivas de la construcción y los usos de series estadísticas de conflictos laborales y huelgas en: Edwards, P. (1987) *Las huelgas en Estados Unidos, 1881-1974*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social; Franzosi, R. (1995) *The Puzzle of Strikes: Class and State Strategies in Postwar Italy*, New York: Cambridge University Press y (1982) "One Hundred Years of Strike Statistics: Data, Methodology, and Theoretical Issues in Quantitative Strike Research", University of Michigan; Hyman, R. (1972) *Strikes*. Great Britain: Fontana – Collins; McGuire, J. (1996) *op. cit.*; Shalev, M. (1989) "Mentiras, mentiras detestable y estadísticas de huelgas: medición de las tendencias del conflicto laboral", en Crouch, C. y Pizzorno, A. *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*, vol. I, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

³ Aunque este problema retorna ocasionalmente en la actualidad con el uso del promedio mensual de conflictos sin construcción de números índice.

Aires. La consecuencia de ello es que los conflictos y huelgas del interior del país son sistemáticamente subestimados.

Otro inconveniente es que debido a la naturaleza de la fuente, las estadísticas así elaboradas son de un alto nivel de agregación. Tanto, que rara vez ofrecen información sobre dos variables esenciales en los estudios sobre huelgas en todo el mundo: el número de trabajadores involucrados y el número de horas o días perdidos. Esto constituye un serio problema para los análisis de mediano y largo plazo, en los que los cambios en la forma de las huelgas, esto es, la relación entre número de huelgas, número de trabajadores en huelga y número de horas/días perdidos, suele ser un indicador útil para investigar las transformaciones en los movimientos huelguísticos y en la racionalidad de los mismos.⁴

Si las fuentes periodísticas son inapropiadas para aproximarnos al número real, ya no digamos de conflictos laborales (una categoría sumamente elusiva), sino de huelgas, existe consenso entre los investigadores en que al menos, partiendo del supuesto de que la subestimación se mantiene a niveles constantes, se trata de un medio idóneo para evaluar las tendencias de la conflictividad laboral y el movimiento huelguístico. Sin embargo, este supuesto es sumamente discutible, sobre todo, para análisis de mediano y largo plazo. Las restricciones a la prensa durante la dictadura, por ejemplo, o posibles cambios ocurridos en las prioridades informativas, pueden debilitar la comparación entre distintos períodos. En este sentido, hay que tener en cuenta que la cobertura de noticias gremiales fue otra de las víctimas de la ofensiva empresarial, llegando incluso a desaparecer como sección especial en la inmensa mayoría de los diarios.

⁴ Para usos clásicos de estos indicadores: Franzosi, R. (1995) *op. cit.* y (1989) "Strike Data in Search of a Theory: The Italian Case in the Postwar Period", *Politics Society*, 17, 453-480; y Shorter, E. y Tilly, C. (1974) *Strikes in France, 1830-1968*. Cambridge: Cambridge University Press.





Más importante aún, es que no hay motivos para suponer que la proporción de huelgas pequeñas y localizadas, que son las que sistemáticamente quedan fuera de la atención periodística, se mantenga constante a lo largo del tiempo. Si la incidencia de las pequeñas huelgas varía, por ejemplo, según las características institucionales del sistema de negociaciones colectivas, las estructuras organizativas de los sindicatos, los índices inflacionarios o la represión, debería revisarse este supuesto común y poco cuestionado.

Si le sumamos a ello las dificultades que se le presentan a los investigadores para establecer patrones de largo plazo entre variables económicas y huelgas, o recordamos la insistencia de Roberto Franzosi en la necesidad de elegir unidades temporales de análisis homogéneas, aumenta aún más la racionalidad de restringir los análisis al corto plazo, tendencia absolutamente preponderante en la literatura local.⁵ Sin embargo, esta tendencia no parece fundarse en nuestro país en los motivos reseñados sino en la naturaleza fragmentaria de las series. Así lo sugiere el análisis de largo plazo efectuado recientemente por Nicolás Iñigo Carrera, cuyas unidades temporales de análisis que definen las distintas etapas parecen estar determinadas más por el tipo de series estadísticas disponibles que por criterios teóricos o metodológicos.⁶

Por otro lado, la proliferación de series estadísticas acarrea otro tipo de complicaciones. Para empezar, no todos los trabajos especifican con el suficiente detalle los métodos y criterios de recolección. Esto es un serio impedimento para superar o al menos manejar la inevitable heterogeneidad de las estadísticas disponibles. Así, la reconstrucción

⁵ Para un análisis pormenorizado de la relación entre variables económicas y comportamiento huelguístico: Franzosi, R. (1982) *op. cit.* Este autor también aborda el problema de las unidades temporales de análisis.

⁶ Iñigo Carrera, N. (2007) "Strikes in Argentina", en *Strikes around the world, 1968-2005. Case-studies of 15 countries*, editado por van der Velden, S. et al., Amsterdam: Aksant. El artículo de Korzeniewicz, R. (1995) *op. cit.*, sortea este escollo mediante el uso de la WLG database, la única serie completa de la etapa que analizamos.

de series más largas es prácticamente imposible. El principal problema radica en realidad, en que las bases de datos no están disponibles públicamente lo que constituye otro importante obstáculo para compatibilizar las series mediante correlaciones y ponderaciones estadísticas de sus diferencias.⁷ En principio, el investigador sólo accede a los datos tal como han sido organizados y publicados. O en el mejor de los casos, a través de relaciones personales. Ello limita seriamente abordajes analíticos alternativos. El tiempo que insumiría la construcción de series estadísticas propias, sobre todo para el mediano y largo plazo, no parece un camino viable para el investigador individual. Y en todo caso, es poco razonable la multiplicación de bases de datos con similares debilidades. El problema del acceso es un problema serio: imposibilita la manipulación de los datos, limita los ensayos, encorseta las preguntas.

Cuestiones teóricas

En apariencia, la huelga parece un fenómeno inequívoco. Sin embargo, quienes se han dedicado a estudiar el problema en profundidad alertan sobre las ambigüedades presentes en su definición.⁸ Algunos autores, inclusive, apuntan a los efectos que ello puede tener sobre los registros estadísticos. Por ejemplo, Eric Batstone, Ian Boraston y Stephen Frenkel han argumentado convincentemente, que la patronal está más inclinada a aceptar la legitimidad de las interrupciones del proceso de producción provocadas por asuntos vinculados a seguridad y condiciones de trabajo.⁹ Por ello, muchos de estos episodios no son

⁷ Con excepción de la base elaborada por James McGuire: Wesleyan University, *Databases of Development Indicators*, <http://condor.wesleyan.edu/jmcguire/Data.html>.

⁸ Evito entrar en la indispensable discusión conceptual y metodológica sobre la naturaleza de las huelgas y los conflictos laborales, y su identificación y medición. Abundante discusiones sobre estas cuestiones pueden encontrarse en las obras oportunamente citadas de Paul Edwards, Roberto Franzosi, Richard Hyman y Michael Shalev.

⁹ Batstone, E. et al. (1978) *The Social Organization of Strikes*. Oxford: Basil Blackwell.





definidos socialmente como huelgas lo que lleva a sobreestimar la proporción de conflictos laborales vinculados a temas salariales. Independientemente de su validez, lo que esta advertencia nos recuerda, es que una huelga no nos habla sólo de los trabajadores y sus organizaciones, sino de la actitud de la patronal y sus gerentes frente a las reivindicaciones obreras. Así, se ha señalado que en medio de un ciclo económico ascendente los empresarios tendrían una mayor predisposición a conceder las demandas para evitar paralizaciones de la producción; mientras que en las fases descendentes del ciclo, la confrontación podría ser funcional para reducir sus costos.¹⁰ Si este es el caso, aún cuando las estadísticas tiendan a confirmar la asociación positiva entre crecimiento económico y huelgas (y la relación negativa en las fases descendentes del ciclo), estarían suavizando, en realidad, la magnitud de los efectos que tiene la situación económica general sobre la predisposición de los obreros de entrar en huelga.

Muchas son las discusiones posibles: por ejemplo, Edward Shorter y Charles Tilly (1974) se preocuparon por establecer diferencias entre distintos tipos de huelga; más recientemente, la obra ya citada de Beverly Silver diferencia entre conflictividad *polanyiana* y *marxista*.¹¹ En este artículo en cambio, me limitaré a llamar la atención sobre los tres enfoques más tradicionales que tratan de dar cuenta de los movimientos huelguísticos porque considero que no han agotado su utilidad para entender el período.

En primer lugar, la aproximación más común al problema, y tal vez la más antigua, ha sido la correlación de variables económicas y huelgas.

¹⁰ Ver Franzosi, R. (1995) y (1982), *op. cit.* Usamos la noción de ciclo económico porque es la que usan, generalmente, estas teorías, pero no deben descuidarse sus connotaciones mistificadoras: esto es, la idea de que la economía capitalista posee una tendencia al equilibrio y la autorregulación.

¹¹ La primera explicaría el carácter pendular del conflicto y estaría vinculada a la periódica desestructuración de políticas sociales y beneficios laborales en busca de una mayor mercantilización de las relaciones sociales. La segunda explicaría su evolución temporal a la que vincula con el desarrollo del capitalismo histórico y los cambios producidos en la composición de la clase obrera.

En su diversidad, estas formulaciones han aportado evidencia estadística sobre la existencia ya mencionada de una relación positiva entre crecimiento económico y huelgas. Mientras que en la mayoría de las investigaciones el peso de la explicación recae sobre el estado del mercado de trabajo, hay quienes destacan la predisposición de los empleadores a ceder a las demandas para no poner en riesgo su participación en un mercado de bienes en expansión. Brevemente, lo que ello significa, es que son necesarias otras variables, y no sólo la tasa de desempleo, para evaluar la situación.

En segundo lugar, se ha buscado explicar el movimiento huelguístico por variables políticas. Por ejemplo, Edward Shorter y Charles Tilly concluyeron que las olas huelguísticas en Francia se desarrollaron en consonancia con las crisis políticas.¹² Roberto Franzosi refutó esta relación para el caso italiano, aunque acepta la tesis de Alessandro Pizzorno, quien ha postulado la existencia de nexos causales entre política y huelgas cuando los sindicatos participan en acuerdos con el gobierno basados sobre intercambios de tipo político.¹³ Esta última sería la situación típica cuando el partido en el gobierno mantiene una estrecha relación con los sindicatos y su base electoral la constituyen los trabajadores.

En tercer lugar, la literatura inglesa sobre relaciones industriales ha subrayado la importancia de que las explicaciones sobre conflictos y huelgas incorporen entre sus variables al sistema de negociaciones colectivas.¹⁴ Así, por ejemplo, en los países con sistemas de negociación centralizados por sector o industria sería dable encontrar grandes números de trabajadores en huelga junto a menores

¹² Shorter, E. y Tilly, C. (1974), *op. cit.*

¹³ Franzosi, R. (1989) *op. cit.* y Pizzorno, A. (1978) "Political exchange and collective identity in industrial conflict". En *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe Since 1968*, vol. II editado por Crouch, C. y Pizzorno, A., London: McMillan.

¹⁴ Clegg, H. (1976) *Trade unionism under collective bargaining*, Oxford: Basil Blackwell.





frecuencias y movimientos cíclicos. Los sistemas sumamente descentralizados a nivel de planta, por el contrario, conducirían a patrones diferentes: una mayor frecuencia pero de huelgas de menor tamaño. En otras palabras, mientras que la probabilidad de que ocurran huelgas sería mayor, la cantidad de trabajadores involucrados descendería.

Estos tres enfoques han recibido fuertes críticas, especialmente cuando fueron aplicados por autores que exageraron su potencial explicativo mediante argumentos unilaterales.¹⁵ Pero no hay duda que sus distintas versiones identifican factores relevantes para entender el movimiento y las características de la conflictividad laboral.

Mientras que es evidente la presencia de elementos del primer y el segundo enfoque en las interpretaciones sobre la conflictividad laboral y las huelgas de las últimas tres o cuatro décadas, se ha prestado mucha menos atención a los avatares de las negociaciones colectivas. Además, en la mayoría de los casos la alusión a variables económicas y políticas es contingente o unilateral. No se aprecia que exista una voluntad por integrarlas o por reflexionar acerca del contexto en que se activan sus poderes causales.

En la próxima sección, se abordan algunas de las cuestiones metodológicas y teóricas reseñadas a partir de la discusión de las fuentes estadísticas y las investigaciones disponibles sobre el período.

Reseñas, apuntes críticos e hipótesis: materiales para la discusión

Desde un punto de vista puramente estadístico, la etapa crítica para la reconstrucción de una serie de conflictos y huelgas que abarque todo el período, es la que va de 1973 a 1983. Para esos años la información de la que disponemos proviene de las investigaciones de Elizabeth

¹⁵ Para una útil reseña de estos tres enfoques ver Franzosi, R. (1989) *op. cit.*

Jelín, Ricardo Falcón, Arturo Fernández, e Inés Izaguirre y Zulema Aristizábal.¹⁶ El artículo de Elizabeth Jelín contabiliza el número de huelgas entre junio de 1973 y marzo de 1976, y las desagrega según sus causas y sector de actividad; no ofrece, en cambio, estimación alguna de tamaño y duración.¹⁷ El documento de trabajo de Inés Izaguirre y Zulema Aristizábal se destaca por una concienzuda discusión metodológica.¹⁸ El mismo presenta la información cuantitativa para el período 1973-1976, según variables clásicas (causa, sector de actividad, etc.), y otras más novedosas que emanan de los objetivos propios de la investigación (y que están destinadas a precisar las características de los enfrentamientos). Es muy sugestiva la metodología escogida por las autoras para acercarse de modo indirecto al problema de la duración de los conflictos. Confrontadas con la imposibilidad de medir su duración, la investigación desarrolla la siguiente estrategia: divide los conflictos registrados en los diarios por única vez de aquellos con registros múltiples, y en este último caso, se identifican sus transformaciones, esto es, los cambios ocurridos en los sujetos sociales, en las formas o instrumentos de los enfrentamientos, o en los fines u objetivos de la lucha. Así, el movimiento discordante de ambos tipos de registro permite inferir cambios en la forma de la

¹⁶ Jelín, E. (1977) *op. cit.*; Falcón, R. (1982) "Conflicto social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina", en *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*, editado por Galitelli, B. y Thompson, A. Amsterdam: CEDLA; y (1996) "La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)", en *A Veinte Años del Golpe: con memoria democrática*, editado por Quiroga, H. y Tcach, C., Rosario: Homo Sapiens; Fernández, A. (1985) *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*, Buenos Aires: CEAL; e Izaguirre, I. y Aristizabal, Z. (2000) *op. cit.* Este último trabajo brinda datos estadísticos de conflictos obrero-patronales elaborados por la CTA para el período 1976-1980.

¹⁷ Recolecta la información de diarios nacionales (a los que no especifica), el Digesto de Información Laboral de aparición mensual, y la sección "On the Labour Front" de la Review of the River Plate.

¹⁸ Utilizan la edición de los viernes del *El Cronista Comercial* – a partir de 1975, simplemente *El Cronista* – para recolectar información entre el 11 de marzo de 1973 al 24 de marzo de 1976. Señalan la existencia de un registro estadístico completo de *huelgas* para todo el año 1974 y el primer semestre de 1975 realizado por el Grupo de estudio sobre Clase Obrera de la FISYP (Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas) dirigido a la sazón por Amado Heller.





conflictividad, y se convierte en una base potencial para una periodización interna al fenómeno en estudio.

Lamentablemente, es sumamente limitada la posibilidad de comparar la información que ofrecen estas investigaciones. A modo de ilustración de las múltiples dificultades existentes: mientras Elizabeth Jelín no registra las ocupaciones de edificios públicos e Inés Izaguirre y Zulema Aristizábal sí, éstas últimas incorporan una serie de conflictos internos a la clase que con seguridad son sólo recogidos parcialmente por la primera. Ambos artículos, además, presentan la información agregada de un modo que no permite establecer ocurrencias anuales, ni promedios mensuales de conflictos o huelgas.

Reutilizar las series producidas por Ricardo Falcón y Arturo Fernández para los años 1976-1980 presenta dificultades similares, que se agravan porque sus trabajos no nos dicen prácticamente nada acerca de los criterios con los que se recolectó la información. Son útiles, sin embargo, para comprobar los diferentes guarismos que pueden encontrarse entre investigaciones que utilizan similares fuentes de información para cuantificar, en principio, lo mismo. En este caso, por ejemplo, aunque Falcón trabaja con 13 diarios y Fernández lo hace sólo con 5, éste último contabiliza un 24 % más de conflictos que el primero. Una vez más, lo que esto demuestra, no es otra cosa que la necesidad de contar con una detallada descripción metodológica y conceptual para poder al menos aventurar hipótesis sobre el origen de las discrepancias.

A partir de la década de 1980 mejora la situación debido a que disponemos de más y más largas series, con lo que a priori debería incrementarse la posibilidad de establecer comparaciones e correlaciones. El Centro de Estudios para la Nueva Mayoría (CENM)

comenzó su registro en 1980¹⁹; distintos investigadores de la Universidad de Quilmes han venido trabajando desde 1984;²⁰ James McGuire construyó una serie para 1984-1993 con información proveniente del Consejo Técnico de Inversiones (CTI) que cuenta con el atractivo de que pondera días perdidos y número de huelguistas; y la Consultora de Investigación Social Independiente (CISI) y el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA) poseen series estadísticas sobre protesta social desde 1991.

Contando al presente con un conocimiento muy desigual acerca de las respectivas metodologías y categorías utilizadas, en este artículo es imposible sacar conclusiones firmes sobre las fortalezas y debilidades de las distintas bases de datos. Pero una ligera comparación de sus registros pone en evidencia discrepancias que son, en sí mismas, una advertencia contra la utilización irreflexiva de estas series. El problema se agrava ya que se trata de divergencias que no se mantienen constantes. Por ejemplo, mientras que la base de datos de James McGuire registra más huelgas que Marcelo Gómez para 1990 (y presumiblemente para 1989), quien trabaja con la información producida por el equipo de investigación de la Universidad de Quilmes, éste último registra muchas más huelgas que el primero entre 1991-1993.²¹ Son muy numerosas las pequeñas discordancias de este tipo. Pero otras son mucho más severas y concluyentes: por ejemplo, las curvas que se desprenden de las series del CENM y de la serie de la UnQui sobre conflictividad laboral son exactamente inversas para los años 1984-1988 (y presentan importantes discrepancias para los años

¹⁹ El CENM cuantifica los conflictos y medidas de fuerza protagonizadas por organizaciones sindicales, para todo el ámbito nacional y desde el 1° de enero de 1980, mediante la utilización de la información difundida en La Nación, Clarín, Página12, La Prensa, Crónica, Diario Popular, El Cronista y Ámbito Financiero.

²⁰ Entre 1984 y mayo de 1989 con el Digesto de Información Laboral; a partir de junio de 1989, con los diarios Clarín, La Nación, Página12, Crónica, Diario Popular y Ámbito Financiero.

²¹ Ver McGuire, J. (1996) *op. cit.*, y Gómez, M. (2000) "Conflictividad laboral y comportamiento sindical en los '90: transformaciones de clase y cambios en las estrategias políticas y reivindicativas", Buenos Aires: IDES (formato CD).





1990-1999). Estas comparaciones resquebrajan el supuesto más fuerte de toda la bibliografía sobre conflictividad de la época, esto es, que puede aceptarse la representatividad de las tendencias que ponen de manifiesto las estadísticas disponibles. Por otra parte, como el eje de la gran mayoría de los análisis es explicar el sube y baja de los conflictos, estas divergencias son aún más preocupantes. Si tomáramos como base las series sobre conflictividad laboral del CENM o PIMSA deberíamos explicar la magnitud del salto que se produce entre 2004 y el 2005, salto inexistente si nuestra fuente de información es el CISI.²² Y correlaciones más complejas entre las distintas series estadísticas, mostrarían, que en principio, las concordancias y discrepancias entre las distintas bases de datos no son uniformes, lo que complica aún más la identificación del origen de las diferencias.

Una vez que la posibilidad de caracterizar las tendencias de la conflictividad laboral a partir de la información disponible entra en duda, el problema del registro recobra todo su valor. Veamos dos indicadores muy sugerentes sobre esta cuestión. El trabajo de Elizabeth Jelín ya comentado registra un número de casos tres veces menor que la estadística oficial de huelgas del Ministerio del Trabajo a pesar de que sus datos son para el total del país y los del Ministerio sólo para Gran Buenos Aires y Córdoba. De todas formas, al no especificar los métodos y criterios seguidos por la oficina gubernamental es difícil arriesgar conclusiones sobre el origen de la diferencia. Las estadísticas del MTSS contabilizaron 1362 conflictos laborales durante el año 2006, mientras que el PIMSA contabilizó 837, el CISI 656, la CTA 543 y el CENM sólo 504.²³ No obstante, siendo los diarios la principal fuente de información que toma el MTSS, esta diferencia estaría indicando, esencialmente, el subregistro de conflictos regionales del mismo tipo

²² En la serie del CENM es de un 300 %, en la del PIMSA de un 50 %, el CISI en cambio no registra movimiento alguno.

²³ Más allá de diferencias metodológicas, el abultado registro del MTSS se explica, en lo esencial, por la cantidad de periódicos que consulta para realizar su serie: 125 diarios de todo el país.

que los que aparecen en los diarios de tirada nacional.²⁴ Permanecerían así, los problemas discutidos en la sección metodológica acerca de la sistemática subestimación de los conflictos pequeños, de lo inadecuado de suponer que ésta se mantiene constante, y de que la proporción de los mismos sobre el total no varía. Por ejemplo, un indicador del comportamiento desigual de los distintos componentes de la conflictividad laboral lo encontramos en los cambios ocurridos en la proporción de huelgas sobre el total de conflictos registrados a lo largo de la década del noventa, y en determinados años, en los movimientos inversos de sus respectivas tendencias (como se desprende de los datos publicados en el trabajo de Marcelo Gómez).²⁵

Por otra parte, si los inconvenientes aquí reseñados aconsejan manejar las estadísticas disponibles con prudencia, una mayor integración de los enfoques teóricos discutidos podría ayudar a una mirada más realista sobre los determinantes de la conflictividad laboral. En este sentido, sigue siendo escasa la atención que se presta a la relación entre negociación colectiva y conflictividad. Se ha señalado la incidencia de la negociación colectiva sobre la temporalidad de los conflictos. Ricardo Falcón sugiere que aún durante la dictadura habría existido cierta relación entre conflictividad y los decretos de aumento salarial del régimen.²⁶ Por lo tanto, la suspensión de las negociaciones durante gran parte del gobierno de Alfonsín o las transformaciones en la dinámica de la negociación durante Menem son variables que merecen estudiarse con más detenimiento. Más aún, cuando la

²⁴ En Gómez, M., Zeller, N. y Palacios, L. (1996) "Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad (1991-1995). Las prácticas de lucha sindical en una etapa de reestructuración económica y desregulación del mercado de trabajo", *Cuadernos del Sur*, 22/23, se menciona la realización de una prueba piloto que incluyó 27 diarios provinciales para contrastar la fiabilidad de los diarios nacionales utilizados, que probó que las mayores dificultades se presentaban en las variables referidas a la región geográfica y el nivel de conducción de los conflictos.

²⁵ Gómez, M. (2000) *op. cit.*

²⁶ Ver Falcón, R. (1996) *op. cit.*





evidencia sugiere que desde el 2003, la temporalidad de los conflictos se enlaza con las rondas de negociación colectiva.

Por ejemplo, se ha interpretado la descentralización de los conflictos de los años '90 como una expresión de la fragmentación de la fuerza laboral.²⁷ Sin embargo, a partir del 2003 se observa la tendencia opuesta, sin que pueda sostenerse que ello sea la consecuencia de la disminución de dicha fragmentación. Podría postularse una hipótesis alternativa: que entre las determinaciones más importantes de la descentralización de la conflictividad se encuentra la descentralización de la negociación colectiva en un contexto en que se suspenden las negociaciones salariales de carácter nacional por rama o industria.²⁸ Al mismo tiempo, esta hipótesis ayudaría a explicar las actuales tendencias en sentido contrario. Si además aceptamos la validez del argumento de Hugh Clegg, quien sostuvo que a mayor descentralización de la negociación, mayor es el número de pequeños conflictos de corta duración, es probable que la década de 1990 haya sido una etapa en la que la proporción de este tipo de conflictos sobre el total haya crecido, y que por lo tanto, dado que los diarios no los recogen, las estadísticas estén brindando una imagen distorsionada de la magnitud de la por otra parte indiscutible caída de la conflictividad. Se debe recordar que mediante un decreto de 1991, el gobierno forzó a los sindicatos a que las discusiones salariales tuvieran lugar a nivel de empresa, al atar los aumentos al incremento de la productividad, lo que buscó reforzar en 1993 con un nuevo decreto dirigido a estimular las negociaciones descentralizadas. Además, distintas fuentes apuntan

²⁷ Piva, A. (2001) "La década 'perdida'. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989/2001)", *Cuadernos del Sur*, 32.

²⁸ Sebastián Etchemendy y Ruth Collier observan que esta descentralización del nivel de la negociación no significa que la conducción nacional pierda su lugar en las negociaciones, lo que no afecta al argumento aquí desarrollado. Ver Etchemendy, S. y Collier, R. (2007) "Golpeados pero de Pie: Resurgimiento Sindical y Neocorporativismo Segmentado en Argentina (2003-2007)", *Politics and Society*, 35, 3.

una mejoría del salario real de los trabajadores de la industria entre 1991 y 1994 que es difícil asumir que haya sido el fruto de gentiles concesiones de las patronales.

Otro ejemplo: los 13 paros generales de la CGT durante el gobierno de Alfonsín han sido interpretados casi exclusivamente desde enfoques tributarios de la teoría política a través de una versión por la negativa de la teoría del intercambio político. Sin embargo, no parece descabellado conjeturar que el comportamiento de la CGT haya guardado alguna relación también con la política salarial del gobierno en un contexto de ausencia de negociaciones colectivas. Después de todo, 10 de esos paros tuvieron lugar entre 1984 y 1988, año en que se restablecen las negociaciones, y seis de ellos con demandas salariales explícitas. Habrá que esperar hasta el año 2000, para encontrar a la CGT decretando un paro general que incluya entre sus demandas aumentos salariales. No obstante, en términos generales, se tendió a ignorar esta posible determinación.

Se ha explicado la caída en la conflictividad durante 1997-98 por los efectos de la recuperación económica.²⁹ Pero la misma serie estadística utilizada muestra que 1994 (cuarto año consecutivo de un importante proceso de crecimiento económico) es el año de mayor conflictividad laboral de la etapa 1990-1998, y el tercero si nos concentramos en el número de huelgas. Además si 1997 es un año de fuerte crecimiento, en 1998 comienza la recesión y se verifica la menor tasa de crecimiento del PBI desde 1991 (exceptuando 1995 cuando se produce la crisis del tequila). Finalmente, la teoría estándar justamente vincula crecimiento económico con crecimiento del conflicto, relación ésta que también es establecida en trabajos que tratan la evolución del conflicto laboral entre 2003 y 2008.³⁰ En síntesis, no parecen

²⁹ Gómez, M. (2000) *op. cit.*

³⁰ Por ejemplo, Atzeni, M. y Ghigliani, P. (2007) "The resilience of traditional trade unions practices in the revitalization of the Argentine labour movement". En *Trade*





aconsejables las relaciones inmediatas que en ocasiones es establecen en los artículos que abordan la evolución de la conflictividad laboral y las huelgas.

Esto también se aplica a la vinculación automática entre tasa de desempleo y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo, y como consecuencia, caída en el nivel de conflictividad. Si existen sobradas evidencias en la literatura sobre huelgas y conflictos de la lógica que subyace a esta relación, es necesario advertir que el poder causal de esta determinación depende del contexto. La tasa de desempleo en 1991 y 1992 no difería significativamente de la tasa de 1987 y 1988, y era más baja aún que la de 1989 y 1990, y por ello mismo, no basta por sí sola para explicar la caída en la tasa de conflictividad (según el CENM) o el movimiento huelguístico que se produce a partir de esos años (según la serie de McGuire). Más aún, el abrupto salto experimentado por la tasa de desocupación en 1995 (por arriba de los 18 puntos, porcentaje sólo superado en el 2002), coincide con un incremento en el número de huelgas según las series del trabajo de Marcelo Gómez y el PIMSA, y con un aumento de la conflictividad según el CENM.³¹ Sin embargo, son muchos los trabajos que asocian en forma tautológica ambas tasas. Para explicar el mismo fenómeno, en cambio, otros investigadores han señalado la importancia de agregar entre sus determinaciones a las derrotas de las huelgas de telefónicos (1990) y ferroviarios (1991), poniendo de relieve la

Union Revitalisation. Trends and Prospects in 34 Countries, editado por Phelan, C., Oxford: Peter Lang Verlagsgruppe; y Etchemendy, S. y Collier, R. (2007) *op. cit.*

³¹ La serie sobre conflictividad presentada por Gómez, M. (2000), *op. cit.*, registra una caída en 1995. Así, tomando exclusivamente esta serie estadística, podría argumentarse que el aumento de las huelgas responde al endurecimiento de ciertos conflictos de carácter defensivo en un contexto adverso que se manifiesta en la caída general de la conflictividad (la serie muestra que 1995, es por lejos, el año con mayor cantidad de conflictos defensivos, definidos básicamente como aquellos motivados en suspensiones y despidos y en reclamos por retrasos salariales). Pero el CENM y Schuster et al. (2006), *op. cit.*, registran un incremento importante en 1995, de los conflictos uno, y de la protesta sindical el otro, en comparación con los años inmediatamente anteriores (al menos entre 1992-1994).

necesidad de incorporar variables cualitativas, y discutir cómo integrarlas con los análisis basados preferentemente sobre métodos cuantitativos.³²

En síntesis, las explicaciones unidimensionales o contingentes aparecen como insuficientes; más prometedor, entonces, sería trabajar en la integración de los distintos enfoques y en una cuidadosa reconstrucción cualitativa del contexto histórico para acceder a una mejor comprensión del movimiento real de las luchas de los trabajadores.

Cierre

Lo que sabemos sobre conflictividad laboral y huelgas desde mediados de los setenta en Argentina, se lo debemos, esencialmente, al esfuerzo de los investigadores aquí mencionados, tanto por la inmensa labor dedicada a la elaboración de bases estadísticas como por las explicaciones que ensayan en sus escritos. Sin embargo, es necesario revisar sus premisas teórico-metodológicas y sus argumentos para seguir avanzando. No ha sido otra la intención de este muy breve artículo. Las advertencias aquí vertidas, no están dirigidas a los hacedores de datos sino más bien a quienes muchas veces se acercan a estas series de modo irreflexivo, menospreciando las trampas que ellas, y la realidad que intentan capturar, encierran.

³² McGuire, J. (1996) *op. cit.*; Pozzi, P. y Schneider A. (1994) *Combatiendo al capital: crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1983-1993)*, Buenos Aires: El Bloque Editorial. Algunas investigaciones cualitativas, siendo útiles para aportar a la caracterización de ciertos aspectos de las luchas obreras, pecan de un exagerado impresionismo, y por ello son difíciles de compatibilizar con estudios como los que aquí analizamos: por ejemplo, Castillo, C. (2007) "Las luchas obreras bajo el gobierno de Kirchner". Ponencia presentada a las *VII Jornadas de Sociología. Pasado, presente y futuro, 1957-2007*, Buenos Aires: UBA; Pozzi, P. (1992) "Argentina 1976-1982: resistencia obrera y apertura democrática", *Estudios Latinoamericanos*, 15.



Bibliografía:

Atzeni, M. y Ghigliani, P. (2007). "The resilience of traditional trade unions practices in the revitalization of the Argentine labour movement". En C. Phelan (Ed.), *Trade Union Revitalisation. Trends and Prospects in 34 Countries*. Oxford: Peter Lang Verlagsgruppe.

Batstone E., Boraston, I. y Frenkel, S. (1978). *The Social Organization of Strikes*. Oxford: Basil Blackwell.

Castillo, C. (2007). "Las luchas obreras bajo el gobierno de Kirchner". En *VII Jornadas de Sociología. Pasado, presente y futuro, 1957-2007*, Buenos Aires: UBA.

Clegg, H. (1976). *Trade unionism under collective bargaining*. Oxford: Basil Blackwell.

Edwards, P. (1987). *Las huelgas en Estados Unidos, 1881-1974*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Etchemendy, S. y Collier, R. (2007). "Golpeados pero de Pie: Resurgimiento Sindical y Neocorporativismo Segmentado en Argentina (2003-2007)". *Politics and Society*, 35, 3.

Falcón, R. (1982). "Conflicto social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina". En B. Galitelli y A. Thompson (Eds.), *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*. Amsterdam: CEDLA.

Falcón, R. (1996). "La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)". En Quiroga, H. y Tcach, C. *A Veinte Años del Golpe: con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens.

Fernández, A. (1985). *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*. Buenos Aires: CEAL.

Franzosi, R. (1982). "One Hundred Years of Strike Statistics: Data, Methodology, and Theoretical Issues in Quantitative Strike Research", University of Michigan.

Franzosi, R. (1989). "Strike Data in Search of a Theory: The Italian Case in the Postwar Period". *Politics Society*, 17, 453-480.

Franzosi, R. (1995). *The Puzzle of Strikes: Class and State Strategies in Postwar Italy*. New York: Cambridge University Press.

Gómez, M. (2000). "Conflictividad laboral y comportamiento sindical en los '90: transformaciones de clase y cambios en las estrategias políticas y reivindicativas". Buenos Aires: IDES (formato CD).

Gómez, M., Zeller, N. y Palacios, L. (1996). "Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad (1991-1995). Las prácticas de lucha sindical en una etapa de reestructuración económica y desregulación del mercado de trabajo". *Cuadernos del Sur*, 22/23.

Hyman, R. (1972). *Strikes*. Great Britain: Fontana – Collins.

Iñigo Carrera, N. (2007). "Strikes in Argentina". En S. van der Velden, H. Dribbusch, D. Lyddon, y K. Vandaele (Eds.), *Strikes around the world, 1968-2005. Case-studies of 15 countries*. Amsterdam: Aksant.

Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2000). "Reestructuración productiva y formas de protesta social en la Argentina". En E. de la Garza Toledo (Ed.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.





Izaguirre, I. y Aristizábal, Z. (2000) “Las luchas obreras 1973 – 1976”. *Documento de Trabajo*, 17, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).

Jelín, E. (1977). “Conflictos Laborales en la Argentina, 1973-1976”. *Estudios Sociales*, 9, CEDES.

Korzeniewicz, R. (1995). “Labor unrest in Argentina, 1906-90”. *Review*, XVIII, 105-16.

McGuire, J. (1992). “The causes of strikes in Argentina, 1984-1991”. *Working Papers Series*, 049-92, Institute of Industrial Relations, Berkeley.

McGuire, J. (1996). “Strikes in Argentina: Data Sources and Recent Trends”. *Latin American Research Review*, 31 (3), 127-149.

Piva, A. (2001). “La década ‘perdida’. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989/2001)”. *Cuadernos del Sur*, 32.

Pizzorno, A. (1978). “Political exchange and collective identity in industrial conflict”. En C. Crouch y A. Pizzorno (Eds.), *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe Since 1968*. London: McMillan.

Pozzi, P. (1992). “Argentina 1976-1982: resistencia obrera y apertura democrática”. *Estudios Latinoamericanos*, 15.

Pozzi, P. y Schneider, A. (1994). *Combatiendo al capital: crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1983-1993)*. Buenos Aires: El Bloque Editorial.

Schuster, F. et al. (2006). “Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003”. *Documentos de Trabajo*, nº 48, Buenos Aires: Instituto Gino Germani.

Shalev, M. (1989). "Mentiras, mentiras detestable y estadísticas de huelgas: medición de las tendencias del conflicto laboral". En C. Crocuh y A. Pizzorno (Eds.), *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*. Vol. I. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Shorter, E. y Tilly, C. (1974). *Strikes in France, 1830-1968*. Cambridge: Cambridge University Press.

Silver, B. (2005). *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.

Villanueva, E. (Ed.) (1994). *Conflicto Obrero. Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina 1984-1989*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

